

## PRÓLOGO EN ALTA MAR

Las travesías por alta mar casi nunca son tan románticas y novelescas como se cree, ni resultan pródigas en acontecimientos más allá de lo usual. Muy al contrario, diría que son tan sólo hipotéticos océanos de rutina y más rutina envueltos en un océano real que alberga un hogar impostado y siempre cambiante. Y si uno, como es mi caso, padece de insomnio casi crónico especialmente durante ciertas épocas del año, la situación a veces se torna muy complicada de soportar. A pesar de que la jornada de trabajo es normalmente dura, tenemos tiempo para jugar a los dados, malgastar nuestro sueldo en el póquer, leer libros, pensar en mujeres reales o inalcanzables, y en ocasiones hasta para imaginar cómo sería nuestra vida si el embrujo del mar no hubiera llamado a nuestra puerta. Escribo estas líneas un 12 de septiembre de 1969, han transcurrido ya seis años desde la resolución del enigma que envolvió la muerte del viejo Harold Flint, pero daría igual si fuesen siete, ocho, o incluso diez o veinte, uno pierde la noción del tiempo cuando todos y cada uno de los días parecen un calco exacto del anterior y no se vislumbra un final en la travesía. Para el caso, no hay ninguna diferencia, y mientras mis compañeros duermen, intento apaciguar mi desasosiego imaginando el relato de aquellos no tan lejanos días en un pequeño pueblo turístico de la región de Cornualles llamado St. Mawes.

Por entonces no era más que un joven inexperto, creo que aún sigo siéndolo, mi vida había sido prácticamente desde siempre el mar y nunca me había enfrentado cara a cara con un misterio de tal calibre. La simple casualidad o el siempre sinuoso destino quiso que durante una de mis escasas escalas en el litoral del suroeste de Gran Bretaña se presentara ante mí un acontecimiento extraño y enmarañado que ocupó las primeras páginas de los diarios más importantes del país durante aproximadamente una semana. Pero no sólo eso, la aparición en escena del equipo investigador de Scotland Yard me acercó al privilegio de conocer y ser testigo en primera persona de los métodos de una de las mentes más brillantes y preclaras de las que he tenido noticias en mi aún corta existencia.

Este relato da comienzo un 7 de septiembre de 1963, cuando el carguero *Guinevere*, procedente de Terranova, atracó en el puerto de Plymouth después de una aburrida travesía de más de cinco semanas. Connor Flint y yo desembarcamos al mismo tiempo con ganas de pasar nuestro permiso de quince días por la zona, divirtiéndonos lo más posible y tratando de hacer que quedara desfasado el viejo dicho de que un marinero tiene una novia en cada puerto. No obstante, de repente algo cambió nuestros planes por completo.

## I. UN MENSAJE INOPORTUNO

Siempre se ha comentado que Plymouth en la época en la que el estío toca a su fin marcha ligeramente al contrario que la capital en lo tocante al tiempo atmosférico —dicho sea de paso, uno de los pasatiempos favoritos de un pueblo inglés del que formo parte con orgullo—. Si por ejemplo en Londres las primeras lluvias previas al otoño se presentan casi sin avisar, en Plymouth, una de las ciudades más importantes del litoral británico, el sol brilla en su esplendor máximo y la temperatura no desmerece en absoluto de los días de julio. Aquel 7 de septiembre imagino que en la *city* londinense la gente sacaría a pasear sus gafas de sol y las sombrillas, porque en Plymouth el día se había despertado lenta, casi perezosamente, envuelto en una helada bruma matinal que daba a la ciudad un aire mágico, casi de novela de misterio, protagonizada por un aprendiz de Jack el Destripador y el típico investigador de Scotland Yard siempre hierático, misterioso y poco expresivo.

El carguero *Guinevere*, propiedad de una naviera británica con sede en Liverpool llamada *Crimson Sealions*, había sido mi hogar durante más de dos años, el único desde que decidí embarcarme ya de forma profesional para labrarme un futuro, aunque de forma extraoficial mis ansias por conocer

mundo vencían en toda regla a los menos prosaicos intereses económicos. Durante la última travesía a Terranova y su correspondiente regreso hasta tierras inglesas, había topado con un joven llamado Connor Flint, a simple vista el típico niño de papá que no encajaba en absoluto con los rigores de las navegaciones oceánicas, pero una vez llegué a conocerle, mi percepción cambió drásticamente. Connor rondaría los 30 años, no era muy alto, escasamente llegaría a medir 1,70, de figura estilizada, pelo moreno al estilo ligeramente innovador de los 60, modales elegantes y una forma de hablar que denotaba una educación no precisamente obtenida en colegios de barrio pobre. Me preguntaba cómo era posible que un joven que seguramente procediera de una familia adinerada fuese mi compañero en un tipo de trabajo no muy propio de las personas de su clase. Compartíamos camarote junto con dos marineros más, y no nos dirigimos la palabra los primeros días de viaje. Durante la tarde del cuarto día decidí romper el hielo.

—Hola. Tiene pinta de que vamos a compartir esta pecera ambulante una buena temporada —dije con una incertidumbre absoluta sobre cómo reaccionaría—. ¿Cómo te llamas? Mi nombre es...

—Jimmy Jarman, pero todo el mundo te llama J. J. —respondió de forma centelleante, casi sin darme tiempo a respirar—. Naciste en Sheffield hace algo más de treinta años y seguiste a rajatabla la vocación de tu padre, y de tu abuelo antes que él. Pues sí, parece que nos vamos a ver por aquí de vez en cuando. Por cierto, me llamo Flint, Connor Flint. Te preguntarás cómo sé tu nombre y todo lo demás; es muy sencillo, miro, observo, investigo. Siempre han dicho que soy el listo de la familia. Y he de aclarar que por una vez y sin que sirva de precedente, las habladurías son ciertas.

—En realidad no todos me llaman J. J. —aclaré—. A mi padre no le gusta demasiado y prefiere llamarme sólo James.

Encantado de conocerte, señor matrícula de honor. ¡Bienvenido a *la Reina flotante de Camelot!* —exclamé con una mezcla entre sorna y asombro.

Poco a poco nos fuimos conociendo de forma más cercana, hasta entablar una amistad que no perduró demasiado tiempo, ya que nuestros destinos se separarían tiempo después. Y ahí estábamos, un 7 de septiembre dispuestos a vivir dieciséis días de permiso en plan derrochador antes de volver a Plymouth para embarcar en otra escasamente emocionante aventura marítima. Recuerdo perfectamente que era sábado porque nada más desembarcar del *Guinevere* con el petate a cuestas y la cartera rebosante, me di cuenta de que en los alrededores del muelle habían comenzado los preparativos del mercado que se organizaba todos los sábados del año entre Lambhay Hill y el parque Hoe. No era más que un cúmulo de tiendas malolientes y dispuestas de forma anárquica, pero según decían los lugareños, «tenía su encanto». Nada más pisar tierra y con la bruma matutina aún dificultando ligeramente mi visión, una voz grave y que me resultaba conocida me despertó del letargo.

—¡Jarman! —gritó un tipo uniformado, con amplios bigotes y mirada acusadora—. Dile a ese vago de Flint que cuando se digne a despertarse y bajar por aquí que no pierda el tiempo y se dirija a la Comandancia de Marina. Tiene una carta urgente esperándolo.

—Oficial Wilkinson. Gracias por el aviso, se lo diré en cuanto aparezca, descuide —me lo quité de encima tan rápido como pude y miré mi reloj—. Gracias de nuevo, señor, nos vemos si no hay novedad dentro de dieciséis días, siete horas y veintiún minutos. Suerte y a disfrutar del asueto.

—¿Estás de broma? Que lo paséis bien tú y tu amigo el aristócrata. Aquí algunos tenemos mucho trabajo que hacer y nada de diversión —gruñó el oficial, por lo que parecía con razones más que suficientes para ello.